

EL USO PÚBLICO COMPARADO DEL ANTIFASCISMO Y DEL ANTIFRANQUISMO EN ITALIA Y EN ESPAÑA¹

María Elena Cavallaro y Abdón Mateos (eds.)

Abdón Mateos

La mesa redonda se titula «El uso público comparado del antifascismo y antifranquismo». En el programa se hacía una pregunta retórica que se encuentra también en la historiografía sobre el uso del antifascismo en la Italia actual y empezaba preguntando si para ser demócrata hoy en día en España hacía falta reconocerse en los hechos y valores del antifranquismo. Un antifranquismo entendido, desde luego, como algo más amplio que el antifascismo propiamente dicho de los derrotados en la Guerra Civil, en la medida que había surgido una nueva oposición que había estado en la coalición reaccionaria de Franco, pero que a lo largo de la dictadura pasó hacia la disidencia y luego dio lugar a una nueva oposición democrática desde 1956.

Y, por otro lado, hasta qué punto las vivencias del antifranquismo, incluyendo al exilio político, que es un elemento central, fueron unas referencias decisivas para la construcción de la cultura política democrática de la España actual a lo largo de los treinta años de democracia.

Me parece que se podría decir que pasados los primeros momentos de la Transición, el discurso mayoritario de las formaciones políticas y de la prensa fue considerar superada o superable esta dialéctica franquismo-antifranquismo. Esto no significaba que este pasado no estuviera muy presente en la sociedad española, como puede ser observado a través del cine o de la

literatura coetáneos, sino que el antifranquismo no se utilizó en el combate político pero, al mismo tiempo, esa vivencia no se benefició de una reparación y conmemoración suficiente.

Los partidos de la izquierda parlamentaria mantuvieron una relación relativamente conflictiva con el recuerdo del antifranquismo. Por ejemplo, el PCE, inmerso en el eurocomunismo y en la debacle electoral (hay que recordar los escasos resultados de las convocatorias de 1977 y de 1979 y el hundimiento de 1982), no empezó a recuperar el pasado antifranquista hasta más bien la creación de Izquierda Unida en la segunda mitad de los ochenta. Hasta ese momento, ni el pasado guerrillero de la edad de hierro estalinista ni el distanciamiento respecto a Unión Soviética ni la política de reconciliación nacional, impulsada por Santiago Carrillo, Secretario General desde 1960 hasta 1982, fueron reivindicados. El protagonismo comunista en la clandestinidad fue apenas reivindicado tanto durante los años de consolidación democrática como durante la época de hegemonía socialista en los años Ochenta. Fue, gracias a los movimientos por la memoria impulsados por las bases del PCE, cuando empezó a desarrollarse esta reivindicación del pasado antifranquista ya en los noventa. En 1988 se puede detectar una primera recuperación de la guerrilla de posguerra con ocasión de unas jornadas que organizó la Fundación de Investigaciones Marxistas.

En el caso del PSOE, existía un temor a que se

reabrieran las divisiones ideológicas asociadas a los años treinta, además de la ruptura con la dirección del exilio que se había producido en los años setenta, o la percepción generacional de la guerra y del exilio como algo del pasado que había que superar, al igual que había que superar la omnipresente conmemoración franquista de la victoria que habían vivido ellos como jóvenes. Todo ello condujo a desarrollar una política cultural conmemorativa de baja intensidad, dejando el protagonismo de la recuperación del pasado a los historiadores.

En cambio, los partidos de la izquierda italiana, a mi juicio, continuaron teniendo los mismos líderes, que habían estado en el exilio durante los años del fascismo y que habían protagonizado la resistencia, en primera línea de la política de la república italiana hasta, al menos, bien avanzados los años sesenta. Palmiro Togliatti, Sandro Pertini, Filippo Turati o Pietro Nenni, lideraron la vida interna de los comunistas y socialistas italianos hasta los años sesenta (veinte años después del final de la guerra mundial), desempeñando puestos institucionales o incluso protagonizando la acción de gobierno. Basta recordar a los gobiernos de centro-izquierda en que entraron los socialistas italianos en el que líderes como Nenni ostentaron cargos ministeriales.

Figuras del pasado como Antonio Gramsci o Giacomo Matteotti, víctimas del fascismo, fueron iconos indiscutidos y indiscutibles en Italia. Eso no tiene parangón con la izquierda española pues ni Santiago Carrillo ni Rodolfo Llopis podían serlo debido a la crisis internas de sus partidos políticos durante los años setenta y ochenta. Por lo que se refiere a las víctimas españolas de la represión contra el antifranquismo en el ámbito del partido socialista o comunista durante las décadas centrales de la dictadura, esto es, los años cincuenta o sesenta, podríamos citar a personalidades como Tomás Centeno (1953) o Julián Grimau (1963), pero estos dirigentes clandestinos no tienen la misma significación que los italianos citados antes.

La vivencia italiana republicana ha sido diferente, en cierto modo inversa, pues el antifascismo y la resistencia, definido por Claudio Pavone como guerra civil de baja intensidad, aunque considero mejor la caracterización de guerra de liberación nacional, se convirtieron en una referencia central del antifascismo en la cultura política hasta los Noventa. A partir de la crisis del sistema político italiano, que coincide con el cincuentenario de la Liberación en 1995, empezaron a ser discutidas las fiestas nacionales, por ejemplo, el 25 de abril o muchos otros de los símbolos del antifascismo y de la resistencia.

Para concluir, quiero subrayar que considero el marco comparativo hispano-italiano más útil para ilustrar las diferencias entre los distintos casos nacionales que las similitudes. Las vivencias de exilio, clandestinidad y resistencia armada fueron radicalmente disímiles en los dos países. El uso público de esas disidencias, oposiciones y resistencias armadas ha estado desacompañado en el tiempo de los dos países. El tiempo de recuperación simbólica del antifranquismo en España se ha desarrollado sobre todo después de 1993-96, es decir, durante los últimos quince años. Un periodo que coincide con la época de cuestionamiento del antifascismo en la Italia de las dos últimas décadas. En cualquier caso, el hecho de que hubiera una resistencia armada en Italia entre 1943-45 no puede compararse con la minoritaria y limitada guerrilla en España de 1944-52, básicamente de 1944-48, que estuvo sobre todo circunscrita a los espacios rurales. Además, no hubo a causa del maquis una confrontación civil amplia, como pasó en Italia durante la resistencia, ni hubo, claro está, ningún invasor extranjero. La liberación italiana de 1945, aunque se pueda dibujar un periodo de guerra y transición entre 1943 y 1948, no es comparable a la liquidación del franquismo mediante una ruptura «pactada» de 1976-1978.

No hubo un *Día del antifranquismo*, pues ni el 17 de agosto de 1945, la fecha de establecimiento de las instituciones republicanas en el exilio, ni otras fechas como la declaración común del

Coloquio europeísta de Múnich podía serlo. El recuerdo del 15 de junio de 1977 o del 6 de diciembre de 1978 no pertenece ya a la conmemoración del antifranquismo sino al recuerdo de la concordia de la transición a la democracia. Por tanto, creo que la historia comparada en este caso sirve más par ilustrar diferencias que para encontrar puntos de encuentro.

María Elena Cavallaro:

Para entender la herencia y el distinto peso adquirido por la memoria del antifranquismo y el antifascismo en el debate político actual en Italia y España, creo que es importante remontarse a lo que ocurrió en 1945 y 1975, años en que empezaron a desarrollarse los respectivos procesos de transiciones hacia la democracia en los dos países, y marcar las principales diferencias.

Entre las experiencias vividas hay que subrayar la distinta manera en que se derrumbaron los respectivos regímenes.

En Italia fue un proceso traumático. La caída del fascismo estuvo muy conectada a la ocupación del país por parte de los aliados. La Resistencia, es decir la guerra de liberación nacional llevada a cabo entre 1943-1945, no se puede comparar con lo que pasó en España. Aunque también en Italia hubo enfrentamientos entre hermanos que eligieron frentes distintos, en Italia la Resistencia fue un proceso que se desarrolló sólo en el centro-norte del país y no en toda la Península, y también el número de las víctimas en Italia (se calcula alrededor de 50.000) es mucho menor que en España durante la Guerra Civil.

En España, aunque durante la época del desarrollismo, a partir del 1956, se produjeron cambios socio-económicos muy importantes, no hay que olvidar que Franco murió en su cama, el cambio de régimen se desarrolló a nivel institucional en continuidad con el pasado y no de manera traumática.

Otra diferencia muy grande que hay entre

los dos procesos se refiere a los distintos momentos de la guerra fría en que se llevaron a cabo las dos transiciones. La italiana fue en 1945, la española en 1975. En 1945 aún no había empezado la Guerra Fría, se iba rompiendo el consenso entre los países aliados, pero no se había desarrollado la división bipolar en dos bloques contrapuestos. El contexto internacional no estaba estabilizado, y esto influyó mucho en la manera en que se desarrolló el conflicto político interior. Es decir, que la situación internacional condicionó la manera en que los partidos políticos reprodujeron dentro del país las divisiones típicas del conflicto bipolar. Más tarde, cuando ya después de 1947 se formó una verdadera división en dos bloques, en Italia los partidos políticos, sobre todo la Democracia Cristiana y el Partido Comunista, mantuvieron un nivel muy alto de enfrentamiento ideológico, reproduciendo así en el plano interno una bipolarización muy fuerte. En tal sentido basta recordar la campaña electoral de las elecciones políticas italianas de 1948 cuando los dos mayores partidos de masas antes citados se hicieron portadores de los principios defendidos por las dos superpotencias en el campo internacional.

En los años en que se desarrolla la transición española, la guerra fría está pasando por una etapa de distensión a nivel bipolar y el nivel de conflicto entre las dos superpotencias se ha estabilizado y se ha aceptado por ambas. Este punto de partida influye mucho en la definición del modelo del sistema de partidos que se establece.

Los conflictos que habían causado las contraposiciones ideológicas de los años Treinta parecen menos intensos y no se pone en duda la posición occidental del país. Este no fue el único elemento de diferencia. La situación económica en la que se encuentran los dos países era completamente distinta. En 1945 estaba empezando la época de reconstrucción posbélica en toda Europa. Italia había perdido la guerra y además tenía una identidad escindida como herencia del fascismo.

La situación económica en la que se encontraba el país era mucho más pobre que la de

España en 1975. Aunque varios estudios subrayan que la transición española se desarrolló en un momento de crisis económica, debida a la onda expansiva de la crisis petrolífera de 1973, el país había experimentado ya de todas formas su boom económico al comienzo de los Sesenta, en la época del desarrollismo, y su nivel de desarrollo era mucho más avanzado que el de Italia en 1945.

Por lo que se refiere a la formación de los sistemas políticos, como hemos dicho, el nivel de conflicto ideológico en Italia en 1945 era más fuerte que en España en 1975. En Italia las consecuencias de las contraposiciones ideológicas influyeron mucho en la definición del sistema de partidos. En Italia hubo una polarización muy fuerte, una deslegitimación del adversario político, un gran inmovilismo y una fuerte resistencia al cambio institucional.

El hecho de que, en el ala izquierda del sistema político, el Partido Comunista aglutinara más fuerza política, imposibilitó el funcionamiento del mecanismo de la alternancia en el poder. Así, se creó un bloque de poder, que aunque no constituyera un tiempo único a lo largo de lo que en Italia se denomina la «Primera República», se mantuvo hasta el final de los Ochenta, época en que empezaron a vacilar las bases del sistema político, cuyos fundamentos se remontaban a la etapa de la Resistencia. El cambio hacia un sistema bipolar se produjo sólo como consecuencia de la caída del muro de Berlín y del final de la Guerra Fría.

En España, a partir del hundimiento de Unión de Centro Democrático —que se considera el partido de la transición por excelencia—, se impuso un modelo bipartidista moderno, caracterizado por un fuerte partido socialista de sello socialdemócrata y un fuerte partido conservador, respectivamente el PSOE y el PP.

En Italia, el momento del cambio se desarrolla sólo después del hundimiento de la Unión Soviética. El sistema sale de su inmovilismo. El hundimiento del referente internacional del PCI modifica el equilibrio interior entre las fuerzas

políticas. Ya no hace falta un partido anticomunista como la Democracia Cristiana, es decir, otra vez los tiempos de la Guerra Fría influyen en los contextos nacionales. Debido a la implosión de los antiguos sujetos políticos se superan algunos problemas que habían caracterizado la etapa anterior. Termina la *conventio ad excludendum* contra el partido comunista y se resuelve el problema de la alternancia pero se mantiene la deslegitimación del adversario político. Añadiría algo más, que no sólo se mantiene sino que se refuerza. Es decir que al comienzo de una época posideológica, la deslegitimación del adversario político se convierte en un elemento de agregación política. En una época en que el papel del liderazgo carismático dentro de los partidos adquiere más fuerza, en Italia la principal línea divisoria se desarrolla alrededor del berlusconismo-antiberlusconismo.

En España, en cambio, el modelo de la transición pactada, basada en el consenso político, entra en crisis a partir de 1996. Es el momento en que se habla de la ruptura definitiva del pacto del olvido que se había mantenido hasta entonces como telón de fondo del sistema político.

Hay algunos elementos de novedad, como el recambio generacional. Aunque estamos en una época postideológica, en comparación con los años de la transición democrática de finales de los Setenta hay un proceso de deslegitimación del adversario político que se empieza a percibir como enemigo. Y esta nueva situación agudiza el resurgimiento de contraposiciones en la gestión del tema de la herencia de la guerra civil. No dudo que el tema de la guerra civil siempre estuvo presente, no hubo desmemoria del proceso, sino todo lo contrario: como estaba demasiado presente y podía favorecer contraposiciones se había silenciado, para seguir adelante, para reconstruir todos juntos el futuro de España. Yo, como observadora extranjera, lo considero un gran éxito de la clase política que llevó a cabo el proceso. Ahora, en cambio, la memoria de la lucha fratricida se utiliza de manera instrumental y entra de pleno derecho dentro del debate

político y se utiliza para subrayar el tema de la debilidad de la democracia española.

Para terminar, sólo quiero recordar que creo que para medir el peso de la memoria del antifascismo en Italia y del antifranquismo en España, aunque actúen en tiempos distintos, en perspectiva comparada, hay que tener en cuenta tres elementos: primero, el distinto contexto internacional en el que las dos transiciones se llevaron a cabo; segundo, el distinto nivel del conflicto ideológico que se puso en campo en el momento del cambio político; y, finalmente, el nivel de legitimación/deslegitimación del adversario político reconocido dentro de los respectivos sistemas políticos.

Alfonso Botti

El tema de esta mesa redonda es muy interesante, pero también resulta un tema «anguila», que como el pez no se consigue coger, puesto que se escapa por todos lados. Pongo encima de la mesa algunas ideas, subrayando algunas diferencias y algunos aspectos metodológicos.

Está clarísimo que los dos países viven una situación muy distinta. En Italia hay fascismo y luego una guerra civil, en España hay una guerra civil y luego una dictadura, y por supuesto, en Italia durante la transición hay una ruptura con muchas continuidades y en España hay una continuidad institucional «de la Ley a la Ley» pero con varias rupturas.

En Italia hay una depuración que se ha criticado debido a su origen, esto no cabe en el marco español. Pero la diferencia más abismal es la diferencia de época. Desde 1945 a 1975 pasan treinta años, el contexto internacional es muy diferente pero también la sociedad civil ha cambiado mucho. La sociedad civil de los años setenta es completamente distinta de la sociedad civil de los años cuarenta. Me parece muy importante subrayarlo.

Otra diferencia se refiere al desarrollo de la investigación historiográfica. La referencia para

todos los historiadores que se ocupan de la Resistencia en Italia es el trabajo de Claudio Pavone, que sale en 1991, eso ya da una idea del tiempo que ha sido necesario para investigar, elaborar y reelaborar aquella experiencia. Además, nadie se fija en el título de verdad: una interpretación moral de la Resistencia, una interpretación de un hecho fundamental del siglo XX. Es como si se hubiera perdido el tema de la dimensión moral, cuando lo que hacía falta era insistir en el aspecto moral en este país. Otra referencia historiográfica imprescindible es el libro de Focardi, *La guerra della memoria*, que trata de la construcción de la memoria de la Resistencia a lo largo de la historia de la Italia republicana.

Hay otra diferencia abismal, que me parece que no ha salido hasta ahora, y es que en la Transición española, la democracia se desarrolla en un momento en que todo el mundo sabe que se está construyendo una memoria, porque el tema de la memoria como objeto de investigación histórica es un descubrimiento relativamente reciente. Los que hacen la resistencia en Italia, y que construyen la Italia republicana, están haciendo la Italia republicana, no están haciendo memoria, porque el tema de la memoria aún no se ha plasmado como tal. Esto ocurre a partir de la segunda mitad de los setenta y empieza a socializarse a partir de la investigación de Pierre Nora *Lieux de mémoire*, momento que supone un cambio conceptual muy importante en mi opinión.

Otra cuestión. Estamos manejando todos las mismas palabras pero creo que no los mismos conceptos. Por ejemplo, por lo que se refiere a la definición de «uso público de la historia». Hay una interpretación que no es magnífica, a mí no me gusta mucho, pero no he encontrado otra mejor, y sigo empleándola: me refiero a la de Nicola Gallerano. Según él el uso público de la historia se realiza todas las veces que se habla de historia fuera del marco de la investigación y de academia. No es un problema corporativo, es decir, no tiene nada que ver con la pertenencia a la corporación. El historiador puede ser cual-

quiera, basta que siga las reglas metodológicas de la disciplina. Por ejemplo De Felice, el más grande historiador del fascismo, cuando escribe en el diario *Il Corriere della Sera*, a pesar de ser un historiador, está haciendo uso público de la historia, no se si todos aceptamos esta interpretación. El uso público está relacionado más con el ámbito institucional. Otra cosa es el uso político. El uso político es una manipulación de la historia con finalidades muy concretas y muy directas yo creo que las dos definiciones no se pueden intercambiar.

En este sentido los temas y las anguilas dan mucho juego. Ya se ha comentado que el antifascismo de los años del fascismo y el antifascismo de la etapa de la resistencia son distintos, hay continuidades pero no coinciden. También en España podemos distinguir entre el antifranquismo de la Guerra Civil y el antifranquismo que se desarrolla a partir de 1956, pero además hay un uso político del antifranquismo por parte del franquismo. Y aunque sea diminuto hay un uso político del antifranquismo por parte del antifascismo italiano por ejemplo, y hay un uso político del antifascismo italiano por parte del antifranquismo español. Estos dos últimos ejemplos se refieren a fenómenos minoritarios pero los hay. El fenómeno más gordo, repito es el uso político del antifranquismo por parte del franquismo. Y esto cabe dentro del tema en forma más general.

Eso supone decir algo de la memoria que es un tema novedoso, que se está investigando desde hace no más que un cuarto de siglo. La memoria no es la historia, esto todo el mundo lo sabe, a veces hay temas que por falta de investigación historiográfica caen antes en el espacio público, como uso público de la historia, que en el de la investigación historiográfica. Así se establece una relación que no siempre es virtuosa, incluso puede ser viciosa entre investigación historiográfica y uso público. Y hay una interrelación, una interconexión entre las dos.

Además quien estudia la memoria no estudia el objeto de la memoria sino la manera en que

el objeto repercute en un marco determinado, es decir en un contexto social, casi se pierde de vista el objeto, para investigar en qué manera se interpreta la supervivencia del tema, y qué uso se hace en una sociedad distinta de la que ha producido el objeto de la memoria. Por ejemplo cuando hablamos de guerrilla, no estamos hablando de las perspectivas que tenían los guerrilleros en su tiempo, no hablamos de sus luchas, estamos hablando de por qué en los años setenta se habla de ellos, para qué sirve, y cómo se utiliza el discurso que relata su acción.

La narración hegemónica en España se construye durante la Transición y funciona más o menos hasta alrededor de la mitad de los noventa. Esa narración hegemónica se puede resumir en la fórmula «nunca más»; nunca más volver a los enfrentamientos de los años treinta, nunca más volver a una guerra fratricida donde hubo barbaridades, hubo violencia desde los dos bandos, hubo responsabilidad compartida y hace falta mirar hacia el futuro en un clima de consenso.

Ésta es la gran narración hegemónica que se plasma a partir de los años de la transición y funciona muy bien, funciona porque se sabe que va a ser el mito fundacional de la democracia española. Funciona perfectamente hasta que deja de hacerlo a la mitad de los años noventa. Con varios aspectos que coinciden.

Son los años de la *nouvelle vague* de la historiografía española. A mitad de los noventa, la historiografía empieza a ver la historia de España como la historia de un país normal. Terminan los paradigmas «fracasistas», tremendistas, España es un país normal, ha tenido un régimen, pero ahora está en un marco europeo.

En las elecciones de 1996, González, en lugar de preocuparse de lo que había pasado en el Partido Socialista, hace una campaña electoral diciendo que vuelven los franquistas. Hay fuentes literarias muy buenas, como *Un polaco en la Corte del rey Juan Carlos* de Manuel Vázquez Montalbán, en la que está clarísimo que en esta situación González no sabe qué decir y dice

«vuelven los franquistas». Esta campaña electoral, a mi modo de ver, es un síntoma de los cambios políticos.

Y luego en España funciona el patriotismo constitucional, la referencia al mito fundacional funciona con referencia al terrorismo. En uno de los últimos congresos del PP de la época de Aznar hay una ponencia sobre el patriotismo constitucional en la que aparece 77 veces la palabra terrorismo. El texto llama a unidad a los partidos constitucionales demócratas en contra del terrorismo. Si se pudiera establecer una relación entre antifranquismo y Constitución —que no se puede establecer de forma directa a mi modo de ver— casi diría que se hace un uso político más que público no del antifranquismo sino de la constitución.

En el caso italiano en los años setenta, nace un movimiento de izquierda revolucionaria que pretende recuperar la bandera de la Resistencia, que reelabora una idea de la Resistencia que no es tampoco novedosa, ya que se había formulado por la izquierda del PCI en los años 1944-45, como revolución traicionada por parte de los comunistas revisionistas. Los verdaderos «nuevos partisanos» son los militantes de las Brigadas Rojas. Pero cuidado, porque cuando se produce el secuestro de Moro es un frente antifascista el que lucha en contra del terrorismo rojo y que lo hace justamente en nombre del antifascismo.

Éste también es un uso público porque viene del arco constitucional del antifascismo. La ANPI, la asociación nacional de partisanos de Italia, está en primera fila contra el secuestro de Aldo Moro, así como hay que decir que algunos de los terroristas son hijos de los partisanos, y reivindican una continuidad entre la lucha armada de la Resistencia y la lucha armada de los años setenta.

Acabo con una última referencia a los cambios que se producen en los años noventa. En el espacio público hay un debate sobre el fin del antifascismo que está en relación con el fin del fascismo. Este último es el proceso de re-

novación que lidera Gianfranco Fini que lleva a la transformación del Movimiento Social Italiano (MSI) heredero del fascismo y de la República de Saló y lo transforma en Alianza Nacional (AN).

A partir de aquí algunos opinan que puesto que ya no hay fascismo, para qué sirve el antifascismo. Hay un libro de 2004 que es muy útil y que defiende la tesis opuesta a la de su título, cuyo autor es Sergio Luzzatto: *La crisis del antifascismo*. El autor defiende la tesis de que hace falta en Italia un sentimiento antifascista.

Ha habido una interpretación curiosa de un antiguo embajador italiano, Incisa di Camerana, que cuando habla del antifascismo y del antifranquismo dice que España funciona muy bien porque se ha construido sin antifranquismo, subraya que hubo reconciliación, esta tesis en Italia ha tenido una cierta acogida en el espacio público, así como encuentra acogida la interpretación de que hubo reconciliación a partir del Valle de los Caídos. En cambio, la evolución italiana habría sido muy mala porque la gente se sigue empeñando en el antifascismo. Ésta es, sin embargo, una comparación muy sencilla que ha ocupado el espacio público, pero que no creo que tenga el más mínimo fundamento.

Luca Polese Remaggi

Quiero volver sobre algunos puntos que se han abordado hasta ahora y revisar el tema de las secuencias de las dos transiciones desde al fascismo a la democracia, en Italia, y desde el franquismo a la democracia en España.

La secuencia, las etapas, son inversas. Guerra Civil, franquismo, democracia en España; en Italia fascismo, guerra civil, democracia. En Italia la guerra civil más que una realidad es un sentimiento vivido, lo demuestra el libro de Pavone antes citado, que es un libro sobre las elecciones morales y la representación del acontecimiento en que se estaba tomando parte.

Es una representación de los actores políticos. Después se convertirá también en un discurso

que abarca también el tema legitimación-deslegitimación. El tema de la guerra civil desaparece de la Italia republicana, queda en el discurso de los fascistas antes y de los accionistas después, pero desde una percepción de los protagonistas se convierte en un lenguaje político de la historia.

Pero yo creo que no se puede aplicar el concepto de guerra civil al caso italiano, porque el debate en Italia no es la guerra civil sino la Segunda Guerra Mundial. Es alrededor de este hecho donde se produce la verdadera gran fractura de 1943, del 25 julio, antes, y el 8 septiembre, después. Toda la historia sucesiva gira alrededor del derrumbamiento del Estado que ocurrió entonces.

No comparto la interpretación del historiador italiano Galli de la Loggia que ha hablado de la «muerte de la patria» y veremos por qué, pero el derrumbamiento del Estado es una fractura muy profunda. La patria no muere en 1943, porque la patria liberal ya había muerto. Porque si por patria entendemos la nación surgida en la época del *Risorgimento*, la nación, el Estado tenía como su fundamento principal el pacto entre la monarquía y el movimiento liberal. Había una monarquía liberal.

El proyecto del movimiento liberal es una de las características fundacionales de la historia de la unidad de Italia. Nuestra patria no muere en 1943, había muerto en el periodo entre 1922-1925. Es decir, en la época comprendida entre la marcha sobre Roma y la promulgación de las leyes llamadas *fascistissime*. En estos años se construye un Estado distinto, no sólo un estado fascista sino que entonces empieza incluso un proceso de nacionalización distinto del proceso de nacionalización de los liberales que había formado a los italianos, es decir, a la población italiana

Después de 1922-25 no cambia sólo la naturaleza del régimen político sino también la manera de la formación y reproducción de la identidad nacional. La nación fascista toma el lugar de la nación liberal, que desaparece para siempre.

1943 es un momento de ruptura pero también es un punto de llegada de un proceso. Es una ruptura de las estructuras desde el punto de vista institucional pues, desde el punto de vista simbólico, la época liberal había terminado incluso antes.

Ahora bien, después del final de la Segunda Guerra Mundial las cosas cambian incluso con respecto al antifascismo. Lo que queda son los partidos y el antifascismo. Los primeros son los sujetos, el segundo es el lenguaje de la reconstrucción nacional.

Ahora ya no nos reconocemos ni en los partidos políticos ni en el antifascismo. Entre los primeros, nos hemos dado cuenta que el partido comunista era antidemocrático, ahora entendemos que el antifascismo era una ideología de Estado y que los comunistas utilizaban el antifascismo para deslegitimar los adversarios políticos. Todo resulta verdadero, pero queda el hecho de que los partidos fueron los sujetos y el antifascismo fue el lenguaje de la reconstrucción nacional.

Pero el hecho que me parece que hay que subrayar es, sobre todo, que el antifascismo, desde un punto de vista del sistema político, ha actuado incluso como legitimación del cambio.

El sistema político que nace en 1948 sin duda ha funcionado con la exclusión del Partido Comunista –la *conventio ad excludendum*–, éste es el elemento estático, es decir, el elemento permanente a lo largo del periodo republicano, pero también hay un elemento más fluido, más dinámico que actúa de manera que el antifascismo adquiera una significación crucial para todos los momentos de cambio que se desarrollan a partir del antifascismo.

Esto ocurre incluso para la época que llamamos del centrismo. Aunque la Democracia Cristiana utilizó mucho más la lucha en contra de los totalitarismos, el antifascismo juega un papel importante. El líder de la democracia cristiana, De Gasperi, lo utilizó para situar el crecimiento de consenso a la derecha del sistema político.

Incluso en esta fase en que parece que el anti-comunismo tuvo un papel primario también juega el llamamiento al antifascismo. Y después de esta época, el peso que adquiere el llamamiento al antifascismo llega a ser incluso más fuerte. El antifascismo se convierte en la ideología de la época del centro-izquierda. Basta pensar en Tambroni y en el nacimiento de los Consejos Federativos de la Resistencia, Parri y otros. No fue sino hasta llegar a los años setenta cuando el antifascismo forma parte del frente institucional en contra del terrorismo rojo, que en el fondo era negro.

Para concluir, quiero subrayar que la fuerza, la persistencia del antifascismo, dependió en alguna medida incluso de su capacidad de ser no sólo elemento de deslegitimación del sistema, sino también de legitimación de algunas fases del mismo. Y se ha entrelazado incluso con la cuestión de la identidad nacional.

Basta pensar en la estrategia de Ciampi descrita por Focardi en el libro *La guerra della memoria*. Fue una estrategia institucional construida a partir de las tesis del verdadero historiador antirrevisionista de los años noventa que es Pietro Scoppola. No se basa en la tesis de De Luna o Revelli, quien afirmaba que debido al hecho de hacer un antifascismo frontal y militante no dejaron ninguna huella, lo que si ha dejado una huella que, como he dicho, se ha convertido en una estrategia institucional, ha sido la tesis de Scoppola. Según él, en 1943 no ha muerto la patria en su conjunto, ha muerto el Estado fascista, que era un estado autoritario, pero ha quedado la sociedad civil, la nación, que es la nación católica, que es la que ha hecho la resistencia civil, la que a pesar del derrumbamiento del Estado se ha organizado otra vez, de allí nace un pacto, la República como contrato, el referéndum del 2 de junio de 1946 como verdadero contrato entre los italianos.

Giovanni Orsina

Esta intervención tiene el objetivo de de-

sarrollar aunque no profundizar –por falta de tiempo– la siguiente tesis: en comparación con los demás países que han vivido una experiencia antidemocrática- que tuvieron que abordar el tema de la gestión de la memoria de su pasado –el caso italiano presenta algunas características peculiares. En Italia, a diferencia de Francia, España y Alemania el antifascismo radical –es decir, el que quería introducir en la historia de nuestro país una profunda ruptura con la historia antecedente–, se ha convertido en la ideología hegemónica de una república moderada que mantuvo profundos lazos culturales institucionales con su pasado reciente.

Es decir, que este antifascismo ha supuesto que una distancia muy grande separara el «Id» de la República de su «Superego». El sistema político que ha salido de la transición del fascismo a la democracia ha tenido un recorrido diferente y más complicado que el abordado por los sistemas políticos de Francia, España y Alemania.

Cuando analizamos los elementos que caracterizan la transición de un sistema político no democrático hacia uno democrático, hay que tener en cuenta los siguientes elementos:

Si el régimen autoritario tiene un origen endógeno o si se ha impuesto como consecuencia de factores exógenos, como, por ejemplo, una derrota militar.

Si el derrumbamiento de aquel régimen tiene causas exógenas o endógenas, y si fue traumático o pactado.

Si tuvo participación de fuerzas endógenas y qué tipo de participación.

Qué tipo de relación continuidad /ruptura tiene el régimen democrático con el anterior régimen autoritario –e incluso qué relación tenía el régimen autoritario con los anteriores regímenes– y qué naturaleza tenían estos últimos.

Si las relaciones históricas de continuidad/ruptura se abordan sólo en una dimensión cultural o también la institucional.

Si en el nuevo régimen democrático conflu-

yen fuerzas políticas hostiles al anterior régimen, pero que tienen al mismo tiempo dudosas creencias democráticas.

Y, para terminar, cuál es el marco histórico general en el que se desarrolla el proceso de transición y la elaboración de la memoria del pasado.

Si utilizamos estos puntos para hacer una comparación entre los casos italiano, francés, español y alemán, nos damos cuenta inmediatamente de las características de unicidad de cada caso nacional, y ponemos las premisas para enunciar una tesis sobre la manera en que la unicidad italiana haya influido en el desarrollo histórico de la República.

1. El régimen autoritario italiano es un producto endógeno de la historia nacional, de la misma manera que el franquismo en España y el nazismo en Alemania. Un caso distinto con respecto al origen endógeno es Francia. Aunque como se sabe, el régimen de Pétain tenga profundas raíces nacionales, su implantación sale de un «raro derrumbamiento». Por lo tanto, poner entre paréntesis la época de Vichy —aunque en parte es un operación forzosa y artificiosa— es más fácil que hacer la misma operación con la memoria de Mussolini, Franco y Hitler.
2. El derrumbamiento del régimen autoritario italiano, de la misma manera que el francés y alemán, es debido en gran medida a factores exógenos y traumáticos. Aquí, el caso distinto es el español, tanto por la manera en que terminó el régimen de Franco como por el carácter endógeno negociado y pacífico de su transición democrática.
3. De manera distinta con respecto a Alemania, en el derrumbamiento del fascismo y en el nacimiento de un sistema político democrático en Italia participan también fuerzas endógenas. Cuando la Transición termina, construyen una memoria que relata un protagonismo suyo mayor de lo que tuvieron en realidad. Estas fuerzas endógenas hacen referencia a distintas tradiciones e ideologías políticas, que resultan muy divididas entre ellas. Por un lado, hay las moderadas y «continuistas» que actúan a partir del 25 de julio de 1943 y durante la etapa siguiente de la guerra y en los años más importantes de la transición, por el otro lado hay fuerzas radicales y «rupturistas» que toman parte en la Resistencia y en algunos partidos del Comité de Liberación Nacional (CLN).
4. El caso italiano tiene varios elementos de continuidad tanto culturales como institucionales entre el régimen prefascista, el fascista y el postfascista. En este caso la comparación funciona con Alemania. El tema de la continuidad tiene un valor diferente tanto en comparación con Francia, —donde la experiencia democrática es mucho más larga y sólida que en Italia— como con España debido en este caso a la naturaleza pactada de su transición. En el contexto alemán, en cambio, las discontinuidades institucionales son mucho mayores que en Italia, por distintas razones: las crisis de régimen que Alemania experimenta durante la primera mitad del siglo XX son tres (1918-19; 1933; 1945-49) mientras en Italia son dos (1922-25; 1943-48). Falta allí una institución monárquica que tenga la capacidad de tener juntas la experiencia prefascista y la fascista por un lado y el fascismo con el comienzo de la transición hacia el posfascismo por el otro lado; el régimen nazi por varias razones es mucho más radical y eficaz que el del fascismo. En fin después de la Segunda Guerra Mundial, Alemania conoce una profunda discontinuidad tanto en el plan territorial como en el demográfico, división entre este y oeste, reestructuración de los Länder, desaparición de Prusia, muchos desplazamientos de población), fenómeno este último desconocido en Italia.
5. A pesar de estos elementos de continuidad, la derrota de la monarquía en el referéndum del 2 de junio elimina muy pronto un potencial elemento fuerte de anclaje institucional del componente político y cultural que había

abordado la caída del fascismo y la transición hacia el nuevo régimen a partir de un estilo moderado.

Esto diferencia Italia tanto de España —debido al papel central que allí desarrolla la monarquía en el proceso de Transición— como de Francia donde el general De Gaulle garantiza tanto a nivel simbólico como a nivel político la defensa de la continuidad, no tanto del régimen de la Tercera República, sino de la tradición estatal y nacional franceses.

6. En la Italia posbélica, a diferencia de Alemania, hay el más fuerte partido comunista de Europa occidental. El PCI trata de desarrollar —o por lo menos ésta es la percepción de la mayoría de la opinión pública nacional y internacional— un proyecto incompatible con los valores de la democracia liberal.

A diferencia de lo que ocurre en Francia, el PCI durante los primeros años de vida republicana consigue atar y subordinar a su propia hegemonía incluso al Partido Socialista. Este elemento influye de una manera muy fuerte sobre la memoria del fascismo y sobre la interpretación del antifascismo.

Este conjunto de condiciones históricas hace que haya una diferencia muy fuerte en Italia entre una realidad política «continuista» y moderada, por un lado, y una cultura política «rupturista» y radical, por el otro lado.

El hecho de que el sistema político tenga un centro de gravedad moderado, depende en primer lugar de las orientaciones que prevalecen en la opinión pública nacional —elementos que se remontan a los puntos 1 y 2—, conectados con el carácter endógeno del fascismo y con la naturaleza exógena y traumática de su crisis.

Pero depende también del papel que las fuerzas políticas y las instituciones moderadas han tenido en la Transición (punto 3); de la fuerte línea de continuidad institucional que ata la república al fascismo y el fascismo al régimen liberal anterior (punto 4) y en fin a contrario de la fuerza del PCI, de su capacidad de hegemoni-

zar al Partido Socialista, del contexto histórico más general en que se desarrolla la Transición (puntos 6-7).

El hecho que la cultura política que ocupa un espacio hegemónico a partir de los años sesenta sea más desequilibrada por el lado radical depende aún del carácter endógeno del régimen fascista, que proyecta una sombra oscura sobre la tradición estatal-nacional italiana en su conjunto, pidiendo la introducción de un momento de profunda discontinuidad con ella; depende del papel que tuvieron las fuerzas políticas radicales en la liberación del país del fascismo, de la desaparición del principal factor de anclaje institucional de una memoria moderada del fascismo y de la lucha antifascista, de la monarquía (punto 5); en fin, de la fuerza de expansión, incluso cultural, del PCI y de la evolución ideológica de la Guerra Fría.

Esta diferencia entre el carácter moderado del sistema político italiano y el carácter radical de la cultura política que estaba detrás de ello me parece que está ausente —o mejor dicho presente— en menor medida en Francia, Alemania y España.

A lo mejor incluso en este carácter «esquizofrénico» tenemos que buscar las razones por las que la República italiana ha tenido desde 1948, y tiene aún hoy en día, tantas dificultades para encontrar su estabilidad.

Montserrat Duch Plana

Se puede comenzar señalando que la oposición a la dictadura de Franco en Cataluña elaboró una compleja estrategia, como escribiera Vázquez Montalbán, para «recuperar la memoria heterodoxa y vencida; reconstruir una vanguardia crítica asesinada, exiliada o atemorizada como consecuencia de la guerra. Todo eso se hizo tozuda y precariamente» en las décadas más difíciles hasta la progresiva socialización liderada por la Asamblea de Catalunya (*llibertat, amnistia, estatut d'autonomia i solidaritat amb els altres pobles d'Espanya*) que a partir de 1971

consiguió conectar con una sociedad civil que cada vez se sentía menos identificada con la liturgia del Régimen. Pero, pronto, muchos sintieron que «sólo eran dueños, como el personaje del poema de Eliot, de un puñado de imágenes rotas sobre las que se ponía el sol del franquismo», y vieron cómo la Transición mutilaría la memoria crítica, «cuando el resistencialismo no era una virtud, la virtud de la crítica metódica, sino un vicio heredado del pasado antifranquista».

Memorias, desmemorias, contramemorias en una lógica temporal que en los setenta en Italia reemplazó el choque frontal por la legitimación recíproca; una estrategia que culmina con el compromiso histórico formulado por el PCI que en España defenderían el PCE y el PSUC, que se orientó al consenso y a la evitación de las memorias en conflicto cuyo corolario es la toponimia urbana catalana.

En el uso público del antifranquismo y del antifascismo es fundamental el contexto internacional que influye de manera decisiva en la asunción del conflicto ideológico interno. Las lógicas de 1947 en Europa son distintas a la tercera ola democratizadora en el mundo.

En España, se optó por el acuerdo de la no instrumentalización del pasado que explicaría las políticas de memoria de baja intensidad del PSOE, sino que se impuso el «echar al olvido», analizado por Santos Juliá o una «ecología de la memoria», en mis propios términos, que se resumía en el «Nunca más», cuya víctima ha sido el antifranquismo mientras que Italia vivió una experiencia inversa.

Me parece que las similitudes en las culturas políticas de dos Estados afectados por nacionalizaciones débiles en la contemporaneidad muestran elementos comunes en las mentalidades colectivas, sea en el plano de las sociabilidades mediterráneas, el peso del catolicismo y del familismo, así como la presencia de rasgos comunes en sus culturas políticas que muestran continuidades en la demonización del adversario/enemigo o el déficit en la calidad democrática algo que ahora «medimos» en el ranking

(¡tiempos de rankings los nuestros!) de la *Global Transparency* que su informe de 2008 situaban a España en el lugar 28 con una puntuación media de 6,5 y a Italia en el 55 con una media de 4,8 en un índice de percepción de la corrupción del sector público en 180 países de todo el mundo.

Un debate comparado como el que propone Abdón Mateos sobre el uso público del antifranquismo y del antifascismo quizás requiera, con Pierre Vilar, «pensar históricamente» la agenda pública del presente.

Abdón Mateos

Me ha parecido extremadamente interesante la intervención de Luca Polese Remaggi. Me gustaría que me explicara algo más sobre la personalidad de Ferruccio Parri, que creo que fue un protagonista de primera fila en la resistencia de ideología socialista liberal e impulsor del Partido de Acción. Sobre todo porque su formación política no tuvo continuidad en la Italia republicana, a diferencia de los partidos democristiano, socialista o comunista.

Es decir, cuál ha sido el recuerdo o el uso público de Parri y el Partido de Acción. Por hacer una comparación con la España democrática cabe traer a colación la personalidad de Dionisio Ridruejo, que fundó en 1957 el Partido Social de Acción Democrática, una formación con un nombre parecido al partido político creado por Parri. A uno le entra la curiosidad de saber si el falangista Ridruejo, que residió en Roma durante los primeros años de la Italia republicana ejerciendo el periodismo en una situación de semidestierro, siguió de cerca la trayectoria de Parri y su partido.

No se trata, sin embargo, de comparar las personalidades de ambos sino de sus proyectos políticos y del hecho de que ambos, bien por muerte de Ridruejo en 1975 bien por desaparición de los dos partidos políticos en democracia, resultan útiles para estudiar el uso público del antifranquismo y del antifascismo. Desde luego,

la figura de Ridruejo estuvo muy presente en los medios de comunicación durante los años de la transición, recibiendo homenajes que se han prolongado hasta el momento actual con un encuentro organizado por el Centro de Estudios Constitucionales y diversos ensayos biográficos. Creo, además, que Ridruejo es la personalidad más significada de esa nueva oposición moderada que surgió en España desde 1956, a menudo desde la disidencia del franquismo o desde los hijos de los vencedores en la guerra civil. Una oposición que formuló un proyecto de monarquía y democracia, acercándose al exilio político que defendía un proyecto de ruptura republicana mediante una transición y plebiscito. Esa voluntad de ser mediador entre la izquierda y la derecha democráticas fue típica del autor de *Escrito en España*, una mediación similar a la que llevó a cabo Parri desde la presidencia del gobierno de unidad italiano de 1945. Creo que ambos defendieron un proyecto de reformismo democrático radical, intentando ocupar sin éxito un espacio político de centro izquierda.

Luca Polese Remaggi

Agradezco mucho la intervención del profesor Mateos, pues soy autor, precisamente, de una biografía de Parri que murió casi en el olvido en 1981. No creo que tuvieran un contacto personal en Roma, pero puede ser real que Ridruejo siguiera con atención la trayectoria del Partido de Acción hasta su integración en el Partido Republicano Italiano y la insistencia de Parri en una lucha sin cuartel contra la corrupción y la mafia. En cualquier caso, la influencia de Parri fue disminuyendo a lo largo de los años de la Italia republicana en la medida en que la memoria del antifascismo fue impulsada por las instituciones y los grandes partidos políticos.

Javier Muñoz Soro:

Me gustaría aceptar la invitación de Montse Duch para analizar el peso del catolicismo en los

dos países mediterráneos. Yo creo que la Iglesia y, en un sentido más amplio, el catolicismo juega un papel de reconciliación en las transiciones de 1945 en Italia y de 1975 en España. Claro que no son comparables las personalidades de José María Gil Robles o de Joaquín Ruiz-Giménez con la de Alcide de Gasperi, pues los líderes democristianos españoles pasaron del colaboracionismo nacional-católico o de la disidencia monárquica desde el exilio a la oposición democrática.

A mí me ha interesado, también, la memoria de la guerra en el antifranquismo del exilio y del interior de España. Me ha llamado la atención, sobremanera, el hecho de que en la España del tardofranquismo no hay ninguna referencia a la memoria republicana no sólo en el PSOE o en el PCE sino en la extrema izquierda. Únicamente, se puede rastrear algo en el FRAP, quizá por el hecho de que fuera presidido simbólicamente por quien había sido ministro de Estado durante la guerra civil española. Claro que la República española se trataba de una derrota mientras que en Italia es una victoria y una guerra de liberación nacional.

Emanuele Treglia:

Para entender la cuestión eurocomunista tanto en España como en Italia hay que asociarlo, también, al recuerdo del antifascismo. Luca Polese ha dicho antes que en los años treinta no hay antifascismo pero la memoria del antifascismo en esos años del consenso consiste, también, en la memoria de los líderes de los partidos en el exilio que participan en la guerra de España. Se puede decir que hay un engarce de ello en los años sesenta cuando en Italia se formaron los gobiernos de centro-izquierda y en España hay una reactivación de la protesta social, sobre todo del movimiento obrero tras las huelgas de 1962.

En esos años sesenta, en el ámbito de la izquierda italiana, y sobre todo en el PCI, hay la sensación de que se está marchando hacia una nueva transición del sistema político. En esos

años hay una influencia mutua entre los comunistas de los dos países pues los comunistas italianos piensan en utilizar la protesta de Comisiones Obreras para legitimar su acción política. Cuando se inicia la transición a la democracia en España y el PCE celebra un pleno del comité central antes de la legalización, el PCI piensa que también en Italia se da la oportunidad para acabar con lo que queda del fascismo. Surge el proyecto denominado como el «compromiso histórico» mientras que el PCE defiende un gobierno de concentración o unidad nacional. Cuando las dos expectativas no se cumplen entra en crisis la formulación eurocomunista.

Alfonso Botti

En la izquierda española existe el mito del PCI. Eso no sólo lo he comprobado en los libros sino hablando con la gente. Y Santiago Carrillo que tiene una capacidad de maniobra muy rápida, adelanta a Enrico Berlinguer porque corta de una forma mucho más brusca y autoritaria las relaciones con la Unión Soviética. El PCI tarda mucho más porque tiene que convencer a sus bases de que la URSS ya no era el paraíso ni el motor de la transformación mundial. Hay unos artículos en un libro impulsado por José Luis Martín Ramos sobre las reacciones de cuatro casos de partidos comunistas ante la invasión de Checoslovaquia, los partidos italiano, francés, español y el catalán, creo recordar, y el PCE es el que realiza un giro más súbito.

Abdón Mateos

Sí, creo, muy rápidamente, que Carrillo hace un giro mucho más rápido debido a las condiciones de exilio y clandestinidad. Creo recordar que poco después del 68 también hay una importante reestructuración del núcleo dirigente del PCE, dándose entrada en el seno del Comité Central a toda una serie de nuevos cuadros jóvenes surgidos durante la protesta social de los años sesenta. Aunque el distanciamiento

respecto a la URSS no tuvo en torno a 1970 un gran impacto en la vida interna del PCE, pues solamente grupos minoritarios del exilio optaron por posiciones prosoviéticas, el más conocido Enrique Líster que fundó el PCOE, mientras que en España las condiciones de la clandestinidad no favorecían el debate interno y el arraigo de escisiones prosoviéticas o maoístas. Sin embargo, el malestar está ahí, soterrado a lo largo de los años setenta, pues la política eurocomunista suponía silenciar la memoria del papel del partido en la Guerra Civil y en la inmediata posguerra, con la resistencia guerrillera. Ahora recuerdo el caso de Juan Ambou, que además de ser consejero del Consejo de Asturias y León durante la guerra era miembro del comité central y publicó un libro de memorias más adelante en el que se dolía de ese silenciamiento de fechas como la conmemoración de la defensa de Madrid el 6 de noviembre. Pues bien, Ambou, que acaba de morir en México, derivó hacia el Partido Comunista de los Pueblos de España de Santiago Álvarez, en los años ochenta. Creo, en definitiva, que estuvo asociado el eurocomunismo del PCE, con una determinada política hacia el pasado de silenciamiento de la edad de hierro del PCE durante la guerra y la inmediata posguerra, y que solamente con la creación de Izquierda Unida empezará a reivindicarse de nuevo ese pasado.

NOTAS

- ¹ Realizada en el marco de las Jornadas Antifranquismo y antifascismo después del franquismo y del fascismo, organizadas por el Centro de Investigaciones Históricas de la Democracia Española (UNED) en la EEHAR (CSIC), mayo 2010, gracias al Proyecto de Ministerio de Ciencia e Innovación HUM 2007/63.I 18 HIS.